

DEMOCRACIA, UNIDAD Y METODOS DE LUCHA

Respuesta del Partido Demócrata Cristiano a  
la carta del Comité Central del Partido Comu-  
nista de septiembre de 1984

La Dirección Nacional del Partido Demócrata Cristiano estima útil responder en este texto, la comunicación enviada por el Comité Central del Partido Comunista a los diversos Presidentes y Secretarios Generales de las colectividades de oposición, fechada en septiembre último.

Los temas a que se alude en ese documento son relativos principalmente a la unidad de la Oposición y a los métodos de lucha frente al régimen establecido en el país. Los fundamentos de las opiniones allí sustentadas implican, sin embargo, la mención de otros aspectos que conviene retener. Haremos aquí un examen de todo esto.

1.- NO HA HABIDO NOTIFICACION AL P.C..-

Advertimos en el texto antedicho un tono polémico, casi exasperado, incluso hostil. No es un llamado a la reflexión, sino más bien una advertencia aspera. La razón de ello parece estar en que el P.C. se siente notificado por nosotros en el sentido de que debe cambiar su línea acerca de la violencia.

Nuestro Partido se ha limitado a expresar sus criterios sobre las vías más apropiadas para recuperar la democracia. Ha criticado, con razonamientos, la tesis de la "violencia aguda"

y ha llamado al cumplimiento de objetivos políticos por la vía de una reorganización desde la base social.

2.- RESPUESTA A UNA CRITICA DIRECTA.-

El Comité Central del P.C. dice : "Si en 1967, el Partido Demócrata Cristiano admitía incluso la insurrección armada 'en caso de gobiernos que desconocen los derechos fundamentales de las personas y del pueblo, sin dejar salida democrática posible', es ilógico que hoy nos plantee que condenemos toda violencia contra una dictadura como la de Pinochet, la cual, como se sabe el mundo entero, desconoce y atropella flagrantemente esos derechos y se cierra a toda salida pacífica. Más aún, no vemos que haya base de principios ni base moral para que nos exijan un planteamiento de tal tipo quienes en 1967 aceptaban la insurrección armada en ciertas condiciones y en 1973 apoyaron, con honrosas excepciones, junto a otros grupos que hoy forman parte de la Alianza Democrática, la peor forma de violencia, la violencia contra el pueblo, concretamente el sangriento golpe contra el Gobierno constitucional del Presidente Allende".

A esto respondemos: el Partido Demócrata Cristiano ha permanecido en silencio, durante ya once años, sobre la leyenda negra que han querido levantar, tanto sectores de izquierda como de Gobierno, sobre su actuación antes y después del golpe militar de 1973. Lo ha hecho por la simple causa de que una toma de posiciones partidistas al respecto importaría suscitar una polémica entre colectividades que hoy necesitan renovarse y enfrentarse a un Gobierno dictatorial. Tampoco caeremos esta vez en el error de entrar a un contrataque que la opinión pública no espe-

ra y que está siendo resuelto en los hechos mediante la acción en favor de la libertad. Diremos solamente que todos los partidos debemos hacer un análisis crítico de nuestro pasado, antes y después de 11 de septiembre de 1973. Es evidente que el golpe militar fue un hecho de inaudita violencia, pero no fue un hecho desprovisto de antecedentes, porque el llamado a la violencia venía desde los dos lados de la trinchera. La violencia cobró sus frutos. El P.D.C. jamás apoyó el uso de la fuerza extra constitucional. Buscó, en cambio, establecer lazos con quienes, dentro del Gobierno, tampoco la deseaban. No apoyamos el golpe y nunca pretendimos sacar provecho de esa circunstancia. Nuestra oposición al Gobierno de Allende estuvo basada en los derechos constitucionales y en lo que era nuestra estimación del bien de la patria. El aserto del Comité Central, respecto del P.D.C., es errado, injusto y ofensivo.

### 3.- DEMOCRACIA Y SOCIALISMO.

El Comité Central del P.C. dice: "El Partido Comunista viene luchando por la democracia y el socialismo desde hace más de 60 años. Sus métodos de lucha han estado siempre en relación a las diversas condiciones históricas en que le ha correspondido actuar".

Los demócratas cristianos no tenemos motivo alguno para negar el hecho de que el Partido Comunista ha aceptado, durante la mayor parte de su existencia institucional, el marco de la democracia chilena. Ha pertenecido a ésta, ha sufrido los vaivenes de la opinión pública, ganando y perdiendo, ha formado parte del Parlamento, ha sido criticado, ha hecho oposi-

ción, ha gobernado en variadas combinaciones y dispone de una base electoral determinada. Pero, eso no nos compromete, y no compromete a nadie, con la afirmación que se transcribe más arriba, porque, sin duda, los términos de "democracia" y "socialismo" se prestan a una amplia discusión. No estamos de acuerdo con la democracia y el socialismo tal como son descritos y especialmente practicados dentro del modelo de socialismo soviético a que adhiere sin reticencias el Partido Comunista chileno.

Creemos que hay un claro error en el hecho de que los comunistas analicen su propia causa haciendo abstracción de los sucesos ocurridos, dentro del ámbito del socialismo, a partir de la Revolución Rusa, hasta el presente. Las discrepancias y rupturas entre comunistas y no comunistas no son ya las únicas. La disensión está en el interior del movimiento socialista, del marxismo teórico, del bloque soviético, de los partidos comunistas mismos, de las corrientes revolucionarias dentro de América Latina y en otros continentes. Ellas descansan, en gran parte, en pugnas sobre el sentido del socialismo, del Estado colectivista y de la relación entre el mundo soviético y la democracia. Tales problemas no pueden ser silenciados. La auto definición de socialistas y democráticos no disuelve las dificultades que pueden ofrecerse a un verdadero demócrata sobre la institucionalidad política y la significación social de tales Estados. Pensamos que una economía estatizada y una institucionalidad que se identifica expresamente con determinada ideología, son incompatibles con la democracia. Bajo esas condiciones, no hay pluralismo, ni participación social, ni auténtica representatividad.

Estas diferencias nos llevan a rechazar la formalización de alianzas en que no habría concurrencia de propósito ni recíproca sinceridad. Pero, en modo alguno dejamos de entender los condicionamientos que nos impone la actual realidad de nuestro país, donde impera desde hace diez años, un tipo de autoritarismo que usa la consigna anticomunista para suprimir los derechos democráticos tradicionales de todos los ciudadanos. Eso convierte a los comunistas, y a quienes el régimen califica de tales, en el blanco preferido de la represión policial. Desde nuestro punto, esa persecución es antidemocrática y se debe luchar contra ella. Inevitablemente, pues, la causa de la libertad une a todos los que luchan contra la dictadura, estableciendo coincidencias, aproximaciones y objetivos comunes incluso entre gente que posee un fundamento discrepante sobre lo que es la misma libertad.

Una de las lecciones que obtenemos de estos once años de "anticomunismo" dictatorial es que corresponde también al Partido Comunista chileno percatarse de que esa violenta campaña en su contra no se explica solo por el error, la ignorancia o la inhumanidad de los otros, sino que también pide un examen crítico de la conducta seguida por los partidos comunistas desde la Revolución Rusa hasta el presente.

#### 4.- EL PROBLEMA DE LA VIOLENCIA.-

El documento en comentario contiene varios pasajes destinados a mostrar como el régimen actual impone sus métodos de violencia. Nada tenemos que objetar a lo dicho allí. Pensamos que hay plena coincidencia al respecto en todos los sectores de la oposición y aún dentro de círculos afectos al Gobierno. Por eso, la insistencia sobre el punto no es un argumento válido sobre el fondo de la cuestión.

El problema es muy diferente.

Nosotros hemos sostenido que la "vía de la violencia" es, en las condiciones de militarización del país, un verdadero crimen contra el pueblo. Esta frase es un argumento político a la vez que la expresión de un sentimiento humanitario. Porque toda acción violenta, aislada, reducida a personas o grupos, delictuosa en su forma, incapaz de causar daño real a las posiciones del Gobierno, susceptible de acarrear muestes o destrozos, apoyada en tácticas o pretensiones de carácter doctrinario ya muy conocido, no sirve sino para favorecer la justificación que el Gobierno hace de sus finalidades políticas. Toda la leyenda rosa que se ha querido levantar con el objeto de mantener al pueblo en la sumisión, resulta así plenamente fortalecida. La gran masa se retrae porque entre una violencia existente conocida y otra por venir desconocida prefiere simplemente alejarse de la acción. Siendo así tales actos violentos, lejos de debilitar a la dictadura, contribuyen a perpetuarla.

Si es verdad que el Gobierno planea poner en obra otro once de septiembre, le será más fácil proceder a ello a poco que los tácticos de la violencia caigan en excesos. La posibilidad de una nueva hecatombe nacional estará dada cuando los extremos violentistas, que están a la derecha del Gobierno o a la izquierda de la oposición, encuentren la oportunidad de chocar entre sí.

A este respecto, debemos señalar nuestro rechazo a la argumentación que exhibe el Comité Central del Partido Comunista.

Consideramos que es ambiguo enfatizar la circunstancia de que el P.C. sostiene una tesis para enfrentar al régimen, la de la violencia aguda, fundada en el derecho del pueblo a la rebelión o a la autodefensa, como si esto significara que el

que el Partido Comunista se hace responsable de esa orientación y que la asume plenamente. Más, por otro lado, cuando se trata de referirse a los hechos mismos que provocan la controversia y que el Gobierno imputa como desmanes o delitos, el documento del P.C. se limita a atribuir estos actos a los "habrientos", "humillados", a las "masas" o "multitudes", etc. El Partido en cambio solo "participa" en ellos y "se esfuerza por dar la mejor dirección", sin condenarlos.

Nos parece igualmente, y por lo mismo, que apoyar al Frente Manuel Rodríguez, con palabras, pero destacando que no es un brazo armado del P.C., carece de consecuencia.

También nos parece inexacta la relación que el documento establece entre la insurrección armada y el derecho a la violencia aguda. Nos parece indudable que aquella es legítima cuando la dictadura brutal no ofrece salidas y no hay otro modo de resolver el problema. Así lo dijimos en un texto de 1967, que ahora el P.C. cita como si nos lo arrojase a la cara. De lo que se trata es de atentados contra personas, daños materiales graves contra el patrimonio nacional, robos y otras clases de delitos comunes, riesgos para gente inocente, batallas callejeras, etc. Eso no es la gran insurrección nacional ni tiene nada que ver con el ejemplo de O'Higgins y Carrera. Tales hechos ayudan a la propaganda del Gobierno y perjudican el proceso de solidaridad democrática. No puede el P.C. recurrir a una gran tesis para encubrir hasta los atentados contra las personas individuales. Y sí reconoce, según afirma el documento, que en el Chile de hoy no es posible la insurrección, entonces el afán de sustituirla por los actos de violencia aguda señalados entraña una grave irresponsabilidad política.

La Democracia Cristiana sabe que la violencia está unida a la situación miserable de las masas y a la forma de aplastamiento a que el régimen las condena. Pero sabe al mismo tiempo, que también corresponde a una voluntad humana y a una concep-

ción política. Los partidos tienen una influencia suficiente como para alentar las reacciones de violencia, canalizarlas o impedir las, según la situación concreta. El P.C. se adjudica como tarea la de impulsar a los humillados y hambrientos a que se lancen a la batalla contra los elementos policiales fuertemente armados. Ese es el significado de su argumento.

Nosotros les decimos que eviten los sacrificios inútiles y que se mantengan dentro de una línea de organización social y de resistencia pacífica que será más eficaz a la corta y a la larga.

Tampoco podemos aceptar la sugestión de que nosotros condenamos a las víctimas de la represión y no a los causantes de ésta. No es así. Nos explicamos que muchos pobladores no tengan sino su propio coraje para responder a los atropellos. Los admiramos. Pero, nuestra advertencia se orienta hacia quienes son dirigentes políticos y plantean la violencia como una táctica en cuya virtud el pueblo no gana, pero sus miembros se exponen a toda clase de sufrimientos.

##### 5.- LA UNIDAD OPOSITORA.-

El texto del Comité Central del Partido Comunista insiste, por supuesto, sobre el problema de la unidad opositora.

Por nuestra parte, creemos que este asunto ha sido suficientemente debatido y no debe dar lugar a presiones o proposiciones que carecen de objeto. La oposición converge de hecho

y aún formalmente en todo lo que interesa para la tarea de recuperar la democracia. Cada vez que se necesita encontrar puntos de convergencia, sea en el despliegue de las reivindicaciones sociales, sea en los actos de agitación política (protestas, mitines, etc.), se encuentra la forma de operar en conjunto. Lo mismo sucede con las demostraciones de solidaridad motivadas por actos persecutorios. Por nuestra parte, hemos definido muchas veces los diversos niveles de acción. Nos parece perjudicial a la lucha opositora la exigencia de que todas las colectividades formen una sola organización política, que no pasaría de ser entidad superestructural, con problemas internos que amenazarían su marcha y se convertirían en un foco de desorientación. Si estamos en desacuerdo sobre los métodos de lucha, ¿cómo podríamos formar un solo ente político nacional? Insistir sobre este punto, es crear la imagen de que la oposición no realiza jamás lo que, por otra parte, entiende como esencial. Nosotros pensamos que la organización pluralista, pero convergente, con libertad para discutir temas comunes, como es el ejemplo de este debate, y con alianzas homogéneas, que se respetan entre sí y saben ponerse de acuerdo, es la única vía verdaderamente democrática.

En suma, nosotros pensamos que la unidad es social antes que política. El pueblo se reúne en torno a sus problemas y crea la fuerza sobre la cual se construirán las decisiones finales para alcanzar la democracia. Los partidos, dentro de sus afinidades, sirven los intereses del pueblo y asumirán su representación cuando aquel lo decida.

Conclusión: lo dicho representa nuestra opinión frente a un documento que nos merece serias objeciones de forma y de fondo. Consideramos que es necesario haber dejado constancia de todo esto. Al mismo tiempo, señalamos que las diferencias no alteran el sentido de nuestras posiciones ya conocida. Trabajamos, con todas las fuerzas de la oposición, para que la recuperación democrática sea dentro del tiempo más breve, pero ello requiere definidas modalidades en la acción y obliga a rechazar otras. Nuestro propósito es que, en Chile se instale una democracia del rango más elevado posible, con satisfacción de las necesidades políticas, sociales y económicas del pueblo. Estamos en contra de cualquier forma de nueva dictadura y pensamos que llegaremos a la democracia, luchando adecuadamente contra el Gobierno actual.

El empleo de la violencia que cobra víctimas inocentes, dificulta la búsqueda de soluciones racionales y polariza a los chilenos, favorece objetivamente a la dictadura y pone obstáculos a la gran tarea de reconquistar la Democracia. Por ello, la rechazamos tajantemente. Por ello, somos claramente contrarios a la tesis y a la práctica de la violencia que el Partido Comunista ha enunciado y practica.

La base de la tarea es la noción de derechos del hombre, clave de la sociedad renovada. Todos los que son víctimas de la situación merecen ser apoyados y nuestro Partido intenta hacerlo. Estos principios son válidos hoy y lo serán mañana, porque una democracia sólo puede serlo auténticamente si está fundada en valores éticos.

DIRECTIVA NACIONAL DEL PARTIDO  
DEMOCRATA CRISTIANO

Santiago, Octubre de 1984.